

El Hombre que Dios Busca, Vanjo Farias

PREFACIO

Es con inmensa alegría que presentamos este libro, pues se trata de una apelación amorosa de Dios a sus preciosos hijos. Esta apelación, experimentada y descripta por el autor, nos lleva a reflexionar sobre el verdadero y real sentido de nuestras vidas en este mundo.

Además de otras obras ya publicadas, el autor ha logrado su objetivo con este trabajo, que es particularmente rico y profundo. Y entendemos que llega en un momento oportuno.

Al avanzar en la lectura, el lector irá percibiendo un camino simple, sorprendente y esclarecedor, redescubriendo lo que está reservado al "Hombre que Dios busca".

Querido lector: este no es un camino imposible. Al entregar tu corazón a este propósito, el propio Dios se encargará de producir el querer y el hacer en tu vida, a través de su Amado Hijo Jesucristo.

Los editores

INTRODUCCIÓN

“Y me dijo Jehová: Esta puerta estará cerrada; no se abrirá, ni entrará por ella hombre, porque Jehová Dios de Israel entró por ella; estará, por tanto, cerrada.”
Ezequiel 44:2

“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él.” *2 Crónicas 16:9*

Leyendo estos textos, me quedo con la sensación desagradable de que el Señor no encuentra muchos corazones así. Generalmente, nuestro corazón está dividido entre los intereses de Dios y los nuestros, entre la voluntad del Padre y nuestras necesidades, sean estas familiares, profesionales o ministeriales, las cuales son perfectamente lícitas y legítimas.

Es como si nuestro corazón no fuera exclusivamente de Él. Es inevitable ocuparnos de tales cuestiones (hasta porque los intereses de Dios pueden pasar por ellas). Pero Dios nos pide que no llenen nuestro corazón (centro de las emociones y las decisiones), que no definan nuestros rumbos, ni produzcan preocupación en nosotros. Significa dejar que Dios mismo cuide de estas cosas, como promete hacerlo¹, supliendo, protegiendo, guiándonos.... mientras nos mantenemos disponibles para Él.

¿Cómo haremos? ¿Será posible, en todo y para todo, mantener los ojos en Él? ¿Vivir de Él y para Él? ¿Es posible, por ejemplo, en la familia, el trabajo y las relaciones en general, vivir en obediencia a su Palabra, por causa de Él y para alabanza de Él, siempre? ¿Es posible, en el ministerio, seguir Su estrategia, observar Sus principios, usar Sus dones y ser siervo de todos, por amor de Él y para la gloria de Él, siempre? ¿Es posible vivir así?

1: Mateo 6: 25-34; Filip. 4:4-8; 1 Pedro 5:6-7

LA SOLEDAD DE DIOS

Algunas veces he llorado imaginando los ojos de Dios recorriendo toda la tierra, buscando un corazón que sea sólo de Él¹ ¡Qué tarea impresionante! Me he preguntado si no es un esfuerzo sin sentido. Pero Él tiene la expectativa de encontrar a alguien. Y en esa búsqueda, se asombra de no encontrar a tal persona: "**Miré, y no había quien ayudara, y me maravillé que no hubiera quien sustentase...**" (Isaías 63:5; 59:16)

¡Es como si no pudiera comprender por qué tiene tan poca compañía!

Casi parece una ingenuidad de Dios. Nadie mejor que Él conoce la maldad del corazón humano y su carnal inclinación hacia el pecado². Nadie como Él sabe que, desde su juventud³, es malo todo designio del corazón humano. Y aún así, espera que el hombre prefiera Su compañía. Espera ser amado y admirado por el hombre que creó para su gloria⁴. Mi corazón malo no comprende tamaño amor y constancia de Dios en buscar la compañía de esta criatura tan degenerada. Pero cuando veo la historia de Dios con la humanidad, y las innumerables veces en que fue ignorado, rechazado y despreciado, y aún así insistió en buscar el bien del hombre, descubro que nuestro Dios perfecto no hace esto por ingenuidad ¡No! Lo hace por amor. Es su amor incomprensible, paciente y benigno, que no busca sus propios intereses, que no se resiente ante el mal. "El amor que todo lo sufre, todo lo espera, todo lo soporta. El amor que nunca deja de ser..." El amor que finalmente, fue personificado en Jesús, ¡nuestro amado Señor! Sí, es el amor de Dios lo que hace que nos busque.

¡Cómo me cautiva el corazón de nuestro Dios! ¡Cómo se entusiasma mi corazón al meditar en la sencillez y la humildad del Dios Todopoderoso! Sencillez y humildad que, por gracia, nos fueron reveladas en Jesús, el hombre sin pecado, ¡el Mesías carpintero⁵!

1: 2 Crónicas 16:9 / 2: Jeremías 17:9-10 / 3: Gen. 6:5; 8:21

4: Salmo 81:8-16; Isaías 1:2-4; Oseas 11:1-9 / 5: He 1:2-4; Col. 1:15, 2:9

EL HOMBRE QUE DIOS BUSCA

Dios no busca el hombre de mejor carácter, ni el más recto en el trato con sus semejantes.

Dios busca un hombre en cuyo corazón no exista ninguna duda de la decisión de hacer Su voluntad, cueste lo que cueste. Un hombre que, por vivir enteramente para Él, dependa y confíe totalmente en Él.

En más de cinco mil años de historia humana, quedan pocos registros de hombres así, que nos inspiren y desafíen. *"Hombres de los cuales, el mundo no era digno"*. Esta, tal vez, sea una de las pocas ocasiones en que, compararnos con otros, nos puede hacer algún bien. Veamos:

- ¿Quién de nosotros pasaría 390 días (un año y un mes) comiendo 250 grs. de pan y bebiendo 600ml. de agua por día, y preparando esta comida sobre excrementos de animales y a la vista de todo el pueblo? (Ezequiel 4). ¿Quién de nosotros estaría dispuesto a ver morir a su amada esposa, sin tener derecho de lamentarlo o llorar por ella? (Ezequiel 24:15-27). Y todo esto, solamente, para que Dios pudiese demostrar el tipo de juicio que traería sobre el pueblo, en la expectativa de que este pueblo se arrepintiera.
- ¿Quién de nosotros se casaría con una reconocida prostituta, usada por muchos hombres de la ciudad, y tendría hijos con ella? ¿Y después, siendo traicionado y abandonado por esa mujer, viéndola otra vez esclavizada y entregada a la prostitución, iría a traerla consigo de nuevo? ¿Podríamos sacarla del prostíbulo y, otra vez, devolverle la honra de esposa, "sólo" para que Dios pudiese comunicar al pueblo cómo era su relación con la infiel nación de Israel? (Oseas 1,2 y 3)
- ¿Andaríamos tres años descalzos, con las nalgas al aire, "solamente" para mostrar el estado de vergüenza y miseria en que caerían aquellos de quienes el pueblo de Dios esperaba ayuda? (Isaías 20)
- ¿Mantendríamos nuestra rutina de oración, despreciando la amenaza de los leones? (Daniel 6) ¿No sería esto un celo "un poco religioso" a nuestra mente tan razonable? ¿No hubiéramos buscado una "manera más sabia" para seguir orando?

- ¿No seríamos tentados a doblar nuestras rodillas en el anonimato de la multitud, escapando así del horno de fuego? (Daniel 3)
- La compasión por nuestro Isaac, escuchando su pregunta lacerante: “¿Dónde está el cordero para el holocausto?”, mientras, hermoso e inocente, subía al monte del sacrificio ¿no detendría nuestra mano? ¿Lo amarraríamos sobre el altar y levantaríamos el cuchillo para matarlo? ¿Realmente estaríamos dispuestos a ofrecerlo en holocausto en obediencia y confianza en Dios? (Gén. 22:1-12) ¿Quién de nosotros soportaría tal prueba, sólo para convencerse del temor que debemos al Señor?
- ¿Cuántos entre nosotros pasaríamos las décadas que pasó Noé construyendo un inmenso navío en el medio de la nada, por creer que Dios mandaría un diluvio para destruir toda la creación? ¿Qué esposa sería capaz de acompañar a un marido tan extraño en una iniciativa tan loca?

¡Expresiones de tan extrema e incomprensible obediencia enternecen el corazón de Dios, y le recuerdan a Su Amado Hijo, obediente hasta la muerte!

- ¿Concordamos en que sería pecado contra Dios, como entendía Samuel, no orar por aquellos a quienes, por años, servimos con sacrificios y dolores, y después nos rechazaron y despreciaron? (1 Samuel 12:23)
- ¿Estaríamos dispuestos a que nuestro nombre sea sacado del Libro de Dios, dispuestos aún a ir al infierno, si eso produjera la salvación de un pueblo del cual Dios estaba cansado, como hizo Moisés? (Éxodo 32:30-33)
- ¿Desearíamos ser separados de Cristo, malditos de Dios, para que rebeldes fuesen recibidos, como deseó Pablo? (Romanos 9:1-3)

¡Expresiones de tan intenso amor y compasión reflejan el maravilloso y tierno corazón de nuestro Dios Eterno! ¡Reflejan a Jesús!

Un buen carácter no produce acciones como estas. Tales locuras son para aquellos que se entregan a su Dios sin reservas y sin establecer condiciones. Es para hombres cuyos corazones son exclusivamente de Él. Es para los que pueden decir: “*aunque Él me matare, en Él esperaré*”.¹

Al carácter Dios lo sabe formar. Lo formó en Abraham, que entregó a su esposa a otro para proteger su vida. Lo formó en Jacob, reconocido mentiroso y engañador. Y también en David, un adúltero y homicida. Estos notables hombres presentaron fallas groseras en su carácter, pero nunca desistieron en perseguir la voluntad de Dios. Hombres que no se contentaron con nada que no fuese el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Sólo el cumplimiento de la voluntad de Dios trae gloria a su Nombre. Y estos hombres anhelaban que en sus vidas se cumpliera la voluntad de Dios. ¡Querían la gloria de Dios, aún manifestada en sus vidas imperfectas!

Dios sabe formar el carácter de alguien indigno. Dios sabe aumentar la fe del incrédulo. Pero, ¿cómo hacer para que el corazón de un hombre busque siempre, tan solamente, la gloria de Dios, y no la propia? El mismo Dios se asombra de no encontrar muchos corazones así.

Si un hombre, aún lleno de defectos, ama al Señor, el Señor sabrá corregir y formar su carácter, para Su gloria. Pero, ¿cómo hacer para que un hombre lo prefiera en todo? ¿Cómo hacer para que un hombre lo ame de todo corazón? Esto es tan raro que, cuando Dios encontró a David, fue como si descubriera un tesoro. El Señor se entusiasma y dice: *“He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero”* (Hechos 13:22).

Amados, ¿este “entusiasmo” del Señor por encontrar un hombre así, no nos desafía? ¿No enciende nuestro corazón para que deseemos ser así también? ¡Ser así solo para alegrar a nuestro Dios!

1: Job 13:15

DIOS VINO A ESTAR ENTRE NOSOTROS

La Escritura califica al Señor Jesús como “*apartado de los pecadores*”, y “*hecho más sublime que los cielos*” (He 7:26). Pese a esto, este Señor perfecto, alto y tan sublime, que habita en la eternidad y cuyo nombre es el Santo¹, decidió que sería uno de nosotros. Tomó la decisión de tener un cuerpo como nosotros², para que pudiéramos andar con Él y tener su compañía para siempre. El Dios separado de los pecadores se volvió “Dios con nosotros”, ¡Emanuel bendito!

Por medio de Él nos son ofrecidos privilegios jamás pensados para simples mortales:

- Ser un amigo de Dios ya no es sólo una singularidad de Abraham³. ¡Qué sorprendente privilegio! ¡Qué gloria! ¿Los discípulos habrán entendido esto cuando le escucharon decir: “*Pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer*”? (Juan 15:15)
- Moisés, el siervo tan exclusivo de Dios, con quien Dios hablaba cara a cara⁴, rogaba por la presencia de Dios. Y hasta se rehusaba a seguir si el Señor no lo acompañaba⁵. A todos nosotros, ahora, nos es dado un mayor privilegio: El Dios cuya compañía Moisés anhelaba (¡el fiel Mosés!⁶), vino a habitar dentro de nosotros⁷. El Dios separado de los pecadores⁸ se tornó en Emanuel, Dios con nosotros.
- Los hijos de Coré suspiraban por la presencia de Dios como el ciervo⁹ brama por las aguas. Envidiaban a los sacerdotes¹⁰ porque moraban en el tabernáculo y podían vivir cerca del Arca, símbolo de la presencia y la gloria de Dios. Hicieron de los altares de Dios su lugar preferido, su lugar seguro ¡igual que los pájaros hacen con sus nidos! Pero nosotros no necesitamos buscar la morada de Dios, porque Él mismo vino y quiso hacernos Su santa habitación¹¹.

1: Isaías 52:13; 57:15 / 2: Hebreos 2:14; 10:5; Filip. 2:5-8; Juan 1:1-3

3: Isaías: 41:8; 2 Cron. 20:7 / 4: Ex. 33:11; Nm. 12:6-9; Deut. 34:10 / 5: Ex. 33:13-16

6: Hebreos 3:3-5 / 7: Juan 14:17; Cal. 3:20; 1 Juan 4:9 / 8: Heb. 7:26 / 9: Salmo 42:1-2 / 10:

Salmo 84:1-4,10 / 11: 1 Cor. 6:19; 2 Cor. 6:16; Ef. 2:22; Heb. 3:6

- David decía entre suspiros: “mi alma está apegada a Ti”¹, o como dice otra versión: “Mi alma te sigue de cerca”. ¿No es mayor privilegio tener garantizada la compañía del Señor todos los días y cada momento de nuestra vida como disfrutamos hoy?²

¿Qué haremos ante tal inversión de Dios para tener nuestra compañía?
¿Dudaremos como la novia de Cantares? ¿Consideraremos las conveniencias y necesidades personales como razones suficientes para no atender su invitación?

(Cantares 5:2,3). ¿Nuestra disponibilidad para Él es total e incondicional? ¿Podemos permitirnos el lujo de escoger cuándo daremos atención a Su voz, que nos invita a la comunión?

Cuando él diga a nuestro corazón: "*Busca mi presencia*", responderemos como el salmista: "*Tu rostro buscaré, oh Jehová*" (Salmo 27:8)

1: Salmo 63:8 / 2: Mateo 28:18-20; Juan 14:16-17

RECONOCIENDO NUESTRA DEBILIDAD Y OFRECIÉndonos

El otro día, revisando mis cosas, encontré un pequeño pedazo de papel donde, hace años atrás escribí:

“Cómo me avergüenza que aún no he encontrado en Dios todo mi placer”.

Al leer aquella frase sentí mucha más vergüenza. Recordé que cuando la había escrito estaba compungido y sinceramente deseoso de vivir para el completo agrado de mi Señor. Pero pasados tantos años, estaba viviendo el mismo conflicto, la misma necesidad, y nuevamente no pude contener el llanto. Una vez más, delante de mi Fiel y misericordioso Sumo Sacerdote, derramé mi corazón en oración. Él me llenó de esperanza. ¡Aleluya!

Aun no habiendo en el mundo nada que sea realmente importante para mí, aunque no haya un hobby o pasatiempo preferido. Aunque no exista ninguna actividad que yo considere necesaria y sin la cual no pueda vivir, aun así, hay algo de mí que no encuentra placer en Dios. El problema no está en el mundo, ni en aquello que el mundo me pueda ofrecer: el problema está dentro de mí. Es mi propia carne la que se rehúsa vivir para Dios¹. El problema soy yo mismo, miserable hombre, que pretende hacer de sí mismo el centro de su vida.

¿Qué llevaría al hombre a desear otra cosa más que la comunión con Dios? ¿Qué, en esta vida o en la venidera, podría ser preferible a la presencia de Dios? ¿Qué cosa es esta llamada carne, que consigue hacernos olvidar de cuán dulce es la comunión con el Señor, y nos lleva a buscar contentamiento y descanso en otro lugar o actividad, y no en la presencia de nuestro Dios bendito? ¿Qué poder terrible es este que hace que tengamos motivaciones íntimas que apuntan para nuestra alabanza y no para la gloria de Dios? ¿No fuimos creados para alabanza de su gloria? ¿Por qué, entonces, no vivimos solo para su gloria?

¿Cuándo hallará el Espíritu Santo el ambiente para convencernos de que la palabra en 1ª Corintios 10:31 no es retórica de Pablo, sino la voluntad de Dios

1: Rom. 8:6-7

para nosotros en cada detalle de nuestra vida? Así que *“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”*, es la voluntad explícita de Dios para nosotros. Con todo, ¿quién de nosotros vive esta excelencia? De las personas que conocemos, ¿cuántas viven así?

¡Qué extraño es encontrar un corazón totalmente libre para ser sólo del Señor!

Miro a Jesús y me lleno de esperanza, la fe se renueva en mi corazón. Percibo una vez más que somos la familia de Dios, somos su descendencia, nacimos de su Espíritu. Habita en nosotros el mismo Espíritu que habita en Cristo, tenemos su "ADN"¹. Podemos ser como Él fue en esta Tierra². ¡Aleluya! Mirándolo a Él puedo confiar que es posible ser así.

En estos últimos días he estado lleno de esperanza respecto a que el Señor traerá tiempos de refrigerio para nuestra alma sedienta. Aún en medio de la *"multiplicación de la iniquidad"* y los *"tiempos difíciles"* que caracterizan a los últimos días, cuando *"el amor de muchos se enfriará"*, tengo la certeza de que el Señor se dará a conocer a su Pueblo de modo nuevo y revolucionario. Que su gloria, como nunca antes, será vista en la Iglesia. Su Amada Novia estará ataviada, preciosa para esperarle³.

Dios convoca a los suyos a la santidad y a la comunión⁴.

¡Presentémonos! ¡Ofrezcámonos! Seamos contados entre aquellos con los cuales Él se mostrará fuerte. Seamos, cada uno de nosotros, de aquellos cuyo corazón es totalmente de Él. Él lo merece.

"Para los santos que están en la tierra, y para los íntegros, es toda mi complacencia." (Sal. 16:3)

¡Aleluya!

1: Juan 20:17; Heb. 12:11; 1 Cor. 15:48-49; Ef. 5:1 / 2: 1 Juan 4:17 /
15; 2 Pedro 3:11-12 / 2 Cor. 7:1; 2 Tim. 3:12; Salmo 4:3; 65:4

3: Tito 2:11-

BUSCANDO CALIFICARNOS POR LA GRACIA DE DIOS

Temo que muchos de nosotros estemos descansando en la realidad de que Dios nos acepta por medio de Jesús¹, en el hecho de que, por la fe en Cristo, fuimos hechos hijos de Dios². Sin embargo, esa verdad de la providencia de Dios para nosotros, no nos autoriza a ser negligentes en el desarrollo de nuestra vocación.

La percepción de tan inmenso beneficio necesitaría tener, de nuestra parte, otra respuesta, y no la comodidad de quien ya está seguro. Al contrario, la conciencia de que fuimos objeto de su gran amor y de tan grandes promesas, debería llevarnos a un esfuerzo incansable para vivir cada día y cada momento de nuestras vidas, para el entero agrado de nuestro Dios y para su servicio.

La percepción de que fuimos llamados por Dios *“para su propia gloria y virtud”* y para ser *“coparticipantes de su naturaleza divina”*³ hizo que el apóstol Pedro, consciente de esta bienaventuranza y lleno de gratitud, exclamara:

“Vosotros también, poniendo toda diligencia por esto mismo, añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos y sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo” 2ª Pedro 1: 5-8

Apelando así a un esfuerzo consciente de ser agradables y útiles al Dios que tanto nos amó. Es la búsqueda de una expresión práctica que demuestre nuestra gratitud y amor.

Refiriéndose al deseo y a la necesidad de ser agradable y útil al Señor, Pablo usa las siguientes expresiones:

“Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios”. (Hechos 20:24).

1: Rom. 8:31-34; Ef. 2:1-5,11-13 / 2: Gal. 3:26-27 / 3: 2 Pedro 1:3-4

“Sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”. (1ª Cor. 9:27)

“Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de Él, la cual actúa poderosamente en mí.” (Col. 1:29)

Entendemos entonces que Dios no anula nuestro esfuerzo y participación.

La vida de Cristo que nos fue comunicada cuando, por la fe, fuimos unidos a él¹, no elimina nuestra participación. Por tanto, la eficacia del poder de Cristo que operaba eficientemente en Pablo, no lo excusaba de fatigarse y esforzarse al máximo posible. Nuestra capacidad de elegir fue mantenida, solo que ahora fuimos desarraigados de este mundo perverso², y ya no vivimos según la carne. Entonces, somos libres para agradar a Dios³. Tenemos hoy todas las condiciones para elegir vivir para Dios. Como dice Pablo:

“Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1^aCor.15:49)

También aquel que un día conoció su separación y enemistad con Dios, y supo del precio que fue pagado para esta reconciliación⁴, no podrá simplemente usufructuar de esta nueva posición; buscará, a toda costa, ser agradable y útil a su Salvador y Señor. Nunca habrá *“olvidado la purificación de sus antiguos pecados”* (2^a Pe.1:9). Antes buscará *“con diligencia hacer firme su vocación y elección”* (2^aPe.1:10).

1: Gal. 2:20; 3:26-27 / 2: Gal. 1:4 / 3: Rom. 6:5-23 / 4: Efesios 2

LAS MARCAS DE LOS QUE ANDAN CON DIOS

De entre las marcas que caracterizan a aquel que se dispone a vivir todo el tiempo en función de Dios, pensando en Él e involucrándose en sus intereses, destaco ahora dos: **¡adoración e intercesión!**

Cuando el Señor Jesús dijo que el Padre busca adoradores para sí¹, estaba diciendo que busca a aquellos que, por vivir en el Espíritu, andan todo el tiempo en el Espíritu² y ya no son movidos por la carne, enemiga de Dios, sino por el Espíritu, que vino para glorificar a Cristo. Él busca a los que saben que Cristo *“por todos murió, para que los que viven, (la nueva vida que recibieron de Él) ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos”* (2ª Cor.5:15). Adorar al Padre en espíritu y en verdad no es un “tipo” de adoración: es la *única* manera de adorar. No existe adoración que no sea en espíritu y en verdad.

Adoración es un atributo del espíritu. Si no es en el espíritu, entonces no es adoración. Es mera manifestación de sentimientos y culto muerto travestido de adoración.

La adoración es el fruto natural de los que viven y andan en el Espíritu.

Es imposible gastar tiempo meditando en la persona de Dios sin reconocer nuestra miseria e insignificancia. Los que se detienen a admirar al Señor en la hermosura de su santidad, se encantarán con Él y, de pronto, percibirán que su carne es inmundada y detestable. Siempre que volvemos nuestro pensamiento y corazón hacia Dios, el resultado es una rendición en sincera y humilde adoración. La contemplación de la perfección y la humildad del despojamiento del Señor Jesús es un eficaz antídoto contra nuestro orgullo. Siempre que miramos al Crucificado que fue exaltado por Dios, nos postramos.

1: Juan 4:23-24 / 2: Gal. 5:25

Quien anda con Jesús, anda en humillación. El que vive para Dios, vive en adoración.

La ausencia de adoración en la vida de un discípulo denuncia que conoce muy poco a su Dios y Señor.

El que anda con Dios percibirá fácilmente que el *"Padre hasta ahora trabaja..."* (Juan 5:17), y nosotros debemos trabajar también. Más que vivir en un febril activismo, deberíamos expresar nuestro trabajo para el Señor en fervorosa intercesión por la iglesia y por los perdidos de este mundo.

El Espíritu Santo fue dado a la Iglesia para convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio¹, y para glorificar a Cristo². Y sabemos que mucho de este trabajo del Espíritu, se expresa con gemidos indecibles, cuando intercede por nosotros³.

El Señor Jesús, cuando estuvo aquí en la Tierra, pasó mucho tiempo en oración y hoy, es su intercesión la que nos libra de muchos tropiezos⁴. En verdad, Él vive para interceder por nosotros⁵. ¡Qué impresionante! El soberano de los reyes de la Tierra, el Señor de todos, Juez de vivos y muertos, Aquel a quien todas las cosas están sujetas, considera que la intercesión es el principal trabajo que pueda desarrollar para nuestro bien y para la gloria del Padre. ¡Qué gloria sería si la Iglesia imitase a Jesús en esto!

Andando con Jesús aprenderemos a gemir y llorar por el mundo y por la iglesia.

Para muchos es más fácil ser profeta que sacerdote. Pero no olvidemos que nuestra vocación es doble: proclamadores e intercesores, profetas y sacerdotes (1ªPe.2:9).

La intercesión es la mayor y más legítima expresión de nuestro sacerdocio. Por eso, no debe y no puede ser una actividad esporádica en nuestra vida: debe ser nuestra rutina.

*"Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere...para que se muestre paciente con los ignorantes y extraviados."*⁶

1: Juan 16:8 / 2: Juan 16:14 / 3: Rom. 8:26 / 4: Rom. 8:34 / 5: Heb. 7:25 / 6: Heb. 5:1

A.W. Tozer¹ decía: "nadie debería hablar de Dios a los hombres sin antes pasar mucho tiempo hablando de los hombres a Dios". La intercesión nos deja en el anonimato y pone a Dios y su poder en evidencia. La intercesión es una de las mayores expresiones de compasión. Jesús era movido de profunda compasión. ¿No sería por eso que oraba tanto?

Siendo una nación de sacerdotes, deberíamos mirar más a nuestro modelo.

La ausencia de intercesión en la vida de un discípulo denuncia que él anda muy poco al lado de Jesús.

1: A. W. Tozer: pastor de Canadá en el siglo XX

UNA REFLEXIÓN NECESARIA

Sólo la oración perseverante e ininterrumpida puede mantener nuestro corazón en el Señor, cada minuto del día.

En estos tiempos finales, cuando la Iglesia necesita, como nunca, volverse a Dios, el príncipe de este mundo se encargó de crear un sistema que estimula la inquietud del hombre y el cuidado de sí mismo. Las personas son inducidas a pasar todo el día, todos los días, envueltas en mil y una actividades, sin tiempo para pensar en Dios, o hablar con Él. La Iglesia, sin percatarse, está siendo atrapada en esta trampa. Por eso el Señor advirtió: ***“no andéis ansiosos por vuestra vida... buscad en primer lugar, Su Reino...”*** (Mat. 6:25,33).

A veces nos podemos sentir como el salmista, exclamando: *“Llévame a la Roca que es más alta que yo”* (Sal.61:2b). Puede parecernos muy difícil alcanzar tal vida, pero la verdad es que esta continua disposición del corazón y de la atención hacia el Señor, este estilo de vida, nunca será posible sin una vida constante de oración; es decir:

- **Orar sin cesar**, estar todo el tiempo en oración silenciosa, en espíritu, aún en medio de todas las actividades del día¹.
- **Un tiempo diario**, sólo para orar – escondido, solo, con la puerta cerrada – como recomienda el Señor en Mateo 6:6: *“Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”*, Esto es algo cada vez más raro en la Iglesia de hoy. En mi experiencia, sin este tiempo exclusivo de oración solitaria, me es imposible el orar sin cesar.

Sólo la oración perseverante e ininterrumpida puede mantener nuestro corazón en el Señor, cada minuto del día.

Nuestra relación con el Señor debería ser como la de un planeta girando alrededor del sol, ininterrumpidamente. Sin aburrimiento o distracción, completamente cautivados por el Sol de Justicia; absortos por su gloria y perfección. Sé que esta es la definición de nuestra teología; sé también que es nuestra búsqueda y deseo sinceros. Sin embargo, sabemos que no es aún la expresión más común de nuestra andar cotidiano.

1: Ef. 6:18; 1 Tes. 5:17

Como decía nuestro recordado Iván Baker¹: “Muchos corazones que un día, compungidos y humillados, se abrieron para recibir al Señor de la Gloria, no cerraron sus puertas después de Él”². Al contrario, permanecieron con sus puertas abiertas. Por esas puertas, que deberían haber permanecido cerradas para guardar la intimidad con el Rey, ha entrado el mundo con sus pasiones, profanando así la santa recámara que debería ser exclusividad del Novio³.

El Señor no quiere compartir Su intimidad con extraños. El Rey de Gloria santificó para Sí una novia, y desea que ella sea siempre como "*Huerto cerrado... Fuente cerrada, fuente sellada*", guardada de las contaminaciones del mundo (Cant.4:12).

Mi confianza es que Él mismo quiere hacerme así. Mi seguridad de que alcanzaré tal estatura es que Él mismo me llamó para estar a su lado. Por gracia me ofreció un lugar junto a Él, bajo el yugo del Padre⁴.

En su amor tan incomprensible, se puso en un yugo desigual conmigo, y espera pacientemente que yo aprenda con Él a ser manso y humilde de corazón. Andaré con Él, aprenderé con Él. Y llegará entonces el día en que este yugo ya no será desigual, porque seré semejante a Él.

Oh! ¡Bendita esperanza que me llena el alma cada mañana!

¡ALELUYA!

1: Iván M. Baker (1922-2005), pastor de Buenos Aires, Argentina / 2: Ez. 44:2
14; 1 Pedro 2:4-5,9-10; Ef. 2:20-21 / 4: Mateo 11:29-30

3: Tito 2:11-